

siempre del régimen del Terror. Durante la noche del nueve al diez de Thermidor, se los había disuelto, cerrando Legendre su sala y depositando la llave en las oficinas de la Convención; mas luego se les permitió reconstituirse, á condición de que se depurasen excluyendo á los que en aquella noche hubiesen hecho armas contra la Convención. La investigación fué una comedia. Practicáronla ellos mismos, erigiéndose en jueces quince de los más ancianos, los cuales se limitaron á preguntar á cada uno sobre el punto en cuestión y á juzgarles por su respuesta. En pocos días fueron admitidos más de seiscientos socios, reapareciendo la sociedad tal como había sido antes, compuesta de todos los que veneraban á Robespierre, Saint Just y Couthon como mártires de la libertad y víctimas de la contra revolución. Naturalmente; el club jacobino fué ahora refugio de los robespierristas, guarida del terrorismo y ardiente foco de oposición contra la nueva mayoría convencional. Allá iban á exhalar sus quejas, desahogar su cólera y lanzar sus amenazas, los jurados y jueces destituidos del Tribunal revolucionario, los cuatrocientos individuos de los antiguos cuarenta y ocho comités de Paris, los esbirros de estos comités, los agentes de la policía secreta de Robespierre, los guardianes de los sellos, la inmensa caterva, en fin, de empleados destituidos, que no solamente vivían del Terror, sino que se enriquecían escandalosamente á su sombra. Todos estos vagos terroristas formaban un partido violento, tenaz, que, al ardor natural de sus opiniones, juntaba ahora la irritación por el interés lesionado. Y otro tanto que en Paris, pasaba en toda Francia. Los individuos de las municipalidades, de los comités revolucionarios, de los directorios del distrito, se reunían en las sociedades jacobinas, en donde daban rienda á sus temores y á sus odios. Y les sobraba razón para quejarse. Durante más de un año, habían ejercido una dictadura ilimitada, disponiendo libremente no sólo de todas las plazas, sino de la riqueza entera de Francia. Sus comités habían repartido y cobrado impuestos, reclutado soldados, requisado caballos, almacenado trigo y demás productos, confiscado y vendidos los bienes de las personas que ellos mismos mandaban arrestar, y todo esto sin recibo, sin escrituras, sin responsabilidad legal de ningún género. ¡Cuántas y cuán tentadoras ocasiones de enriquecerse! Al penetraren los ricos hoteles, en las suntuosas moradas de los detenidos, necesitábase de una virtud rara entre gentes tan incultas para respetar cosas de tanto valor y objetos de arte tan seductores. Pues todo, la satisfacción y el provecho que proporciona el ejercicio del poder absoluto, todo lo habían perdido al perder á su jefe, quedándoles en cambio los odios que habían concitado, el reproche de ladrones que la pública ocasión les dirigía. Ciertamente que la mayor parte de ellos, fanáticos sinceros, sin cálculo, sin precaución, podían responder al reproche con su honrada pobreza; pero nadie creía en ella, imaginábase que habían ocultado, enterrado ó puesto á nombre de otro lo robado. Tampoco podían pensar en una revolución para recobrar el poder, porque no contaban con fuerzas para ello. Nunca habían sido estas muy grandes. En los momentos de su apogeo, en Enero del noventa y cuatro,

su único elemento seguro eran sus cuarenta ó cincuenta mil comités revolucionarios, compuestos por término medio, de cinco á seis personas cada uno, en suma, unas trescientas mil personas. Mas, por extraño que parezca, este número, en vez de aumentar, fué disminuyendo mientras tuvieron el poder. En Marzo del mismo año, perdieron los comités de las aldeas, que les abandonaron por haberles arrebatado los de las ciudades el caballo de labor, sin el que no podían labrar las tierras, y los mismos comités de las ciudades vieron disminuirse su personal, al extremo de quedar reducidos á una soledad espantosa. La conciencia de su debilidad, por una parte, y el temor de que se les pidiese cuentas, por otra, fueron, sin duda, las causas de que al principio renegasen de Robespierre en varias comunicaciones: «Si ha conspirado, decían, ¿qué importa esto á la gran sociedad jacobina?» Mas al ver que transcurrían días y más días sin que sus enemigos les atacasen, ni en la Convención ni en los periódicos, acerca de asunto tan grave como el manejo de fondos, se envalentonaron y llegaron á creer que el Terror de que se les acusaba sería su refugio, y al Terror apelaron haciendo venir de Marsella inquieto y ruidoso bando, que les guardaba las espaldas, los apoyaba, iba, venía, estaba en todas partes y provocaba insolentemente á las grandes masas de Paris. A voz en grito hablaban de restablecer el reinado del Terror, y pedían á la Convención «el régimen revolucionario ó la muerte.» Su osadía llegó al extremo de expulsar de la sociedad á Lecointre, Tallien y Freron.

¡Cuán engañados estaban! No querían creer en la resurrección de Francia, á pesar de estar viéndola. La revolución de Thermidor y las medidas de la Convención devolvieron el ánimo y la esperanza á los oprimidos, al tercer estado, laborioso, rico y de opiniones templadas, que había desaparecido de la vida pública desde el treinta y uno de Mayo y sufrido en silencio todo género de persecuciones bajo la dictadura de Robespierre. Estos burgueses, comerciantes, industriales y escritores, se preguntaban ahora cómo habían podido dejarse pisotear tanto tiempo por una banda de foragidos, á pesar de serles bien conocida su cobardía y estaban resueltos á impedir con todas sus fuerzas el restablecimiento del Terror. Naturalmente, los que con más vivacidad y energía se expresaban eran los jóvenes, los cuales concurrían á las secciones, al Palais-Royal, á los alrededores de la Convención, y se las tenían tiasas á los terroristas en todos los terrenos, en el de la palabra y en el de la fuerza. Secundábanles en la prensa los periodistas que habían sido también encarcelados, llenando los diarios y los folletos de violentas diatribas contra el régimen del Terror. Los dos partidos empujaban á la Convención por derroteros totalmente contrarios. Se quejaban los jacobinos de la excarcelación de los presos, de la libertad de la prensa, de la depuración de las autoridades, de que no se les devolviesen el Ayuntamiento y de que se redujesen las sesiones de las secciones á una por década; los moderados, en las secciones, en los sitios públicos y en los periódicos, pedían la libertad



ilimitada de la prensa, se quejaban de ver todavía en los cargos públicos á tantísimos robespierristas, formulaban cargos contra los representantes que habían desempeñado determinadas comisiones, y de vez en cuando se atrevían con la misma Convención. Raro era el día en que no viniesen á las manos. Conforme á su antigua costumbre, los jacobinos vomitaban invectivas sobre sus adversarios y les amenazaban con la guillotina; pero los jóvenes no se andaban con chiquitas, enarbolaban sus bastones y la emprendían á palo limpio con los patriotas por excelencia, que ponían unas caras muy compungidas y concluían por echar á correr como gamos. Los agentes del poder, desconcertados ante este inesperado despertar de la opinión pública y presintiendo grandes cambios, intervenían no más que lo preciso para evitar la efusión de sangre, sin tomarse la menor molestia para impedir á los jóvenes descargar sobre los vampiros de sangre humana, que lanzaban lastimeros quejidos, pero que se dejaban vapulear de lo lindo. *Juventud dorada* se llamó á estos jóvenes, que en número de dos á tres mil se reunían todos los días en el Palais-Royal, en las inmediaciones de la Convención y en las tribunas, armados de bastones y estoques, y no eran aristócratas, sino burgueses, comerciantes, artesanos, literatos ó escribientes, no conviniéndoles el calificativo de juventud dorada sino en oposición á los groseros y sórdidos jacobinos. Cantando el *Despertar del pueblo* y al grito de «¡Viva la Convención!», acometían contra las manifestaciones terroristas hasta dispersarlas, sin ningún plan para lo ulterior, sin otro pensamiento que el de impedir la vuelta de la tiranía, de evitar que los jacobinos, repitiendo sin cesar su antigua cantinela de moderantismo, se impusiesen á la nueva mayoría que se había formado en la Convención después del golpe de Thermidor. Fué la Juventud dorada para los thermidorianos lo que el bando de marseleses para los jacobinos parisienses, una especie de *partida de la Porra*, y por esto se decía que tenían por jefes á Tallien y á Freron, sobre todo á este último, cuyo periódico, *el Orador del pueblo*, era el único que leía y en el que se inspiraba. Por mucha fuerza que le prestase este alto apoyo, prestábasela mayor todavía la solidaridad de las mujeres, que hacían causa común con ellos contra la feroz democracia. Era natural. Habían pasado un invierno de espanto y como de clausura, obligadas á aparentar indigencia, sencillez, hasta suciedad, y ardían en deseos de realzar su hermosura con el brillo de los adornos, y saborear las delicias del trato social en los saraos y tertulias. Odiaban á muerte á los jacobinos, y no se cansaban de excitar contra ellos el valor de la juventud, al par que á ésta imponían la ley de la galantería y el aseo de la persona. La moda recobró su imperio. Vióse á los jóvenes con el cabello trenzado y sujeto en la parte posterior de la cabeza con un peine, lucir grandes corbatas, cuellos negros ó verdes al uso de los chuanos, y llevar indefectiblemente su cinta negra al brazo, como tributo á las víctimas sacrificadas por el Tribunal revolucionario. Por las noches, en los salones que comenzaban á abrirse, en elogios, estimados como la más alta recompensa, pagaban las mujeres á los

jóvenes el valor que habían desplegado en las secciones, en el Palais-Royal ó en el jardín de las Tullerías, y á los escritores, el sarcasmo con que fustigaran á la *canalla revolucionaria* en los mil folletos y hojas del día. El más frecuentado y brillante de estos salones era el de madama Tallien, apellidada *Nuestra Señora* de Thermidor, por el valor que en aquella memorable sesión inspirara á su marido, hija del banquero español Cabarrús, hermosa y brillante, de natural dulce y compasivo, á cuya influencia se debía la transformación que se había operado en Tallien, del que estaba empeñada en hacer el pacificador y reparador de los males de la Revolución. Rodeada de varias mujeres no menos seductoras por su belleza que por su amable trato, entre ellas la viuda del infortunado general Beauharnais, la famosa Josefina, atraía á su casa á los revolucionarios sencillos y exaltados, á los que ya se acariciaba, ya se reconvenía por su vestido, por sus costumbres ó por el rigor de sus principios, y de vez en cuando los sentaba á la mesa al lado de los perseguidos de la víspera por aristócratas, especuladores enriquecidos ó malversadores de la fortuna pública, con lo que llevaba á cabo una obra aparentemente buena, la reconciliación de los perseguidores con los perseguidos, de la sociedad del noventa y cuatro con la del noventa y uno, pero en el fondo inmoral y destructora, porque, habituando á estos hombres sencillos más ó menos groseros y fanatizados, á la elegancia, á los placeres, á la libertad de costumbres y á la indiferencia de las opiniones, mataba en ellos sus más valiosas prendas, la entereza de carácter y el culto á la virtud. Su primera víctima fué su propio marido, al que deshonoró y envileció haciéndole tomar parte en un negocio de dinero y especulación. No era este movimiento contrarrevolucionario, no; republicana era la juventud y republicanas las mujeres que la empujaban; pero era francamente reaccionario, y como faltaba una cabeza que lo dirigiera, había de conducir necesariamente á la contra-revolución. También en los jacobinos influían las mujeres, y también para perderlos. Poniendo aparte unas cuantas de honradez á toda prueba, de temperamento sobrio con ribetes de austero, como las Duplay, á todas las demás las cuadraba perfectamente el apodo de *furias de la guillotina*, que se les había aplicado por haber formado á menudo un círculo alrededor del cadalso. Vestidas con el traje popular, llenaban las tribunas de los clubs é invadían las de la Convención para aplaudir las proposiciones más violentas, y con frecuencia interrumpían á los oradores, amenazaban, gritaban, chillaban, sin reparar en que con estas ruidosas é insolentes manifestaciones exacerbaban más y más el odio de los representantes del pueblo contra los jacobinos, é inferían grave daño á la propia causa que defendían.

Pero más que la juventud dorada y mucho más que la actitud de los terroristas, preocupaba á la Convención otro movimiento que se produjo en el pueblo de París y fuera de la sociedad jacobina. En el período inmediatamente anterior al nueve de Thermidor, el Ayuntamiento y los comités revolucionarios de las secciones no habían sido más que ins-

BIBLIOTECA ALFONSO XIII



trumentos pasivos del partido robespierrista, y ahora, después de la caída de Robespierre, el Comité de Seguridad general nombró un nuevo Ayuntamiento, en el que tampoco estaba representado el pueblo. Contra este abuso se formó una corriente de opinión y se organizó un nuevo club, enteramente extraño y aun hostil á los jacobinos, con el objeto de recabar que se celebrasen elecciones municipales y que se pusiese en vigor la Constitución del noventa y tres, lo que equivalía á pedir que cesase el gobierno revolucionario, la dictadura convencional. El principal inspirador de este club era un tal Babeuf, que se hacía llamar Gracchus, conforme á la moda extendida entre los revolucionarios de darse nombres griegos ó romanos. Natural de Saint-Quentin, en la Picardia, donde abundan los corazones magnánimos, é hijo de una familia que se había hecho notar por sus ideas filantrópicas, Gracchus Babeuf vino al mundo con decidida tendencia á la virtud activa, violenta, que no se para en discursos, que quiere implantar un régimen de humanidad y de justicia. Lejos de contrariar, la educación y el medio favorecieron estas disposiciones. A la edad de veintiséis años se engolfó, como medidor de tierras, en el estudio de los archivos señoriales, donde se impuso perfectamente en aquel régimen de iniquidad que provocó la Revolución. Fruto de este estudio fué su primer libro, *El catastro perpetuo*, que presentó á la Constituyente, y en el que, sin embargo de partir de las ideas de Rousseau y de Reynal sobre el derecho de todos á la tierra, reconoce el derecho de propiedad y explica el fin del impuesto, que la sociedad debe aplicar á proteger los actos de la industria actual y los frutos de la industria anterior que acumuló los capitales. «No pretendo restablecer la primitiva igualdad, dice, pero sostengo que los desgraciados podrían pedirla, si los ricos siguiesen obstinados en no socorrerles de la manera honrosa que conviene á los que naturaleza hizo iguales». Empleó toda su actividad y prestigio en aplicar á su país natal los famosos decretos del cuatro de Agosto, lo que le valió, después de un terrible proceso, una gran popularidad. Administrador del Soma el año noventa y dos, por haber propuesto repartir y poner en cultivo las tierras comunales, á donde los indigentes iban por leña y llevaban á su cabrita á pacer, tuvo que huir escapado, perseguido por la animadversión de todo el mundo. En Junio del noventa y tres, le hallamos en París de secretario del negociado de Subsistencias, trabajando desesperadamente, con Chaumette y Roux, en combatir el hambre, y sometido á una austeridad que jamás conoció el más rígido estoico, no comiendo más que pan, y lo mismo su mujer y su hijo, que le ayudaban en su penosa tarea. Robespierre le premió haciéndole perseguir por ladrón, así como á Roux, y encerrándole en la Abadía, donde recibió la noticia de que sus enemigos de Amiens le habían condenado por falsario. Esta condenación le salvó de la muerte. El Comité de Legislación le hizo sacar de la Abadía y conducir á Laon, para que se le juzgase de nuevo, y no volvió á París hasta que fué absuelto, en vísperas del golpe de Thermidor, cuando el poderío de Robespierre se hallaba en sus postrimerías.

Justo y conveniente por demás era lo que Babeuf pedía. Si Robespierre era la dictadura, ¿por qué no acabar, una vez muerto el dictador, con el régimen de la fuerza poniendo en vigor la Constitución? Si la Asamblea había proclamado el diez de Thermidor que «París había merecido bien de la patria, ¿por qué no devolverle el derecho de elegir á sus magistrados? Pero Babeuf cometió la torpeza de instalar su club en el salón del Obispado, lo que hizo que se le tomase como continuador del célebre comité de este nombre, que había dejado tan tristes recuerdos, por lo anárquico y sanguinario. En nada se parecía, sin embargo, á las pretensiones del antiguo comité del Obispado la petición que el veinte de Fructidor, seis de Septiembre, presentó el club de Babeuf á la Convención, y que sólo comprendía dos extremos: la libertad sin cortapisa de la prensa y el ejercicio del derecho que tiene el pueblo á nombrar sus funcionarios. La instancia no obtuvo la menor consideración de parte de la Asamblea, que pasó por unanimidad á la orden del día. Pero Babeuf no se acobardó. Su club preparó una nueva reclamación, no menos razonable y prudente que la anterior, en la que, primeramente, se protestaba de defender siempre á la Convención y servirle de muro, y luego, se pedía la libre elección del Ayuntamiento de París y de los comités de las secciones, la supresión de las requisiciones, de la ley del *máximum* y demás trabas que paralizaban el comercio. Extremo este último nuevo y notable, en el que debió haber fijado su atención la Asamblea, puesto que, antes de ahora, los fogosos revolucionarios habían sostenido siempre el *máximum* y la reglamentación del comercio, en interés del pueblo, á los que ellos se imaginaban; pero la Convención, dominada por el temor de que renaciese la terrible Municipalidad de París, y creyendo ver en el movimiento que propagaban entre los obreros Babeuf y sus amigos tendencias amenazadoras para el orden social, no sólo rechazó la proposición, mas prohibió también al club reunirse en el salón del Obispado, en donde se personó al día siguiente un arquitecto con doscientos obreros, que arrancaron y se llevaron los muebles, cerraron la puerta y pusieronle un candado. El mismo día, ocho de Vendimiario, veintinueve de Septiembre, Cambaceres redactó un decreto, que la Convención aprobó, confirmando á ésta el nombramiento de todos los funcionarios, lo que implicaba una dictadura más extensa que la ideada por Robespierre.

Colocada entre estos tres movimientos—el temor de los jacobinos, la reacción de la Juventud dorada y las aspiraciones de Babeuf—la Convención, odiando á muerte á la Municipalidad, tan turbulenta y tan anárquica, y temiendo que la reacción fuese demasiado deprisa ó demasiado lejos, se inclinó á reconciliarse con los jacobinos, y con tal decisión, que perseveró en esta actitud aun después del atentado contra Tallien, á quien un embozado disparó un pistoletazo el veintres de Fructidor, nueve de Septiembre, al retirarse de noche á su casa. Los unos atribuyeron el crimen á los jacobinos; los otros, á los aristócratas. Los diputados amigos de la víctima se lanzaron á la tribuna y sostuvieron con ve-

BIBLIOTECA NACIONAL DE ESPAÑA